

Amin Maalouf

Los desorientados

Traducción de María Teresa Gallego Urrutia



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Les Désorientés*

Primera edición: 2012

Tercera edición: 2017

Tercera reimpresión: 2022

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Éditions Grasset & Fasquelle, 2012

© de la traducción: María Teresa Gallego Urrutia, 2012

© Alianza Editorial, S.A., Madrid, 2012, 2022

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-9104-701-8

Depósito legal: M. 4.151-2017

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

15	Primer día
27	Segundo día
57	Tercer día
91	Cuarto día
125	Quinto día
149	Sexto día
205	Séptimo día
267	Octavo día
299	Noveno día
343	Décimo día
387	Undécimo día
405	Duodécimo día
427	Decimotercer día
469	Decimocuarto día
479	Decimoquinto día
503	Decimosexto día

Para Jacqueline de Romilly
1913-2010

Cuanto se halla sometido a un contacto con la fuerza se envilece, fuere cual fuere el contacto. Golpear o que te golpeen es una misma y única mancilla.

Simone Weil (1909-1943)

Llevo en el nombre a la humanidad naciente, pero pertenezco a una humanidad que se extingue, escribió Adam en su libreta dos días antes del drama.

Nunca supe por qué me llamaron así mis padres. En mi tierra natal no era un nombre frecuente, ni nadie de mi familia se había llamado así antes que yo. Me acuerdo de que un día se lo pregunté a mi padre y se limitó a contestarme: «¡Es nuestro antepasado común!», como si yo pudiera no saberlo. Tenía diez años y me conformé con esa explicación. Quizá habría debido preguntarle mientras vivía si había tras esa elección alguna intención, algún sueño.

Me parece que sí. Desde su punto de vista, se suponía que yo pertenecía a la cohorte de los fundadores. Hoy, a los 47 años, no me queda más remedio que admitir que no cumpliré con esa misión. No seré el primero de un linaje, seré el último, el último de todos los míos, el depositario de sus

penas acumuladas, de sus desilusiones y también de sus vergüenzas. Me incumbe a mí la aborrecible tarea de identificar los rasgos de aquellos a quienes he querido y de asentir luego con la cabeza para que vuelvan a taparlos.

Me ha tocado hacerme cargo de las extinciones. Y, cuando me llegue la vez, caeré como un tronco, sin haberme doblado, y repitiéndole a quien quiera oírlo: «¡La razón la tengo yo y la que se equivoca es la historia!».

Ese grito orgulloso y absurdo me retumba constantemente en la cabeza. Por lo demás, podría servir de epígrafe a esta peregrinación inútil en la que llevo diez días.

Al volver a mi tierra inundada, pensaba salvar algunos vestigios de mi pasado y del pasado de mi gente. En ese aspecto, no espero ya gran cosa. Quien intenta retrasar un naufragio corre el riesgo de apresurarlo... Dicho esto, no me arrepiento de haber emprendido este viaje. Cierto es que vuelvo a descubrir todas las noches por qué me alejé de la patria donde nací; pero también vuelvo a descubrir todas las mañanas por qué nunca me desapegué de ella. Mi gran alegría es haber encontrado entre las aguas unos cuantos islotes de delicadeza levantina y de ternura serena. Lo que me proporciona otra vez, al menos de momento, un apetito nuevo por la vida, razones nuevas para luchar y quizá, incluso, un estremecimiento de esperanza.

¿Y a más largo plazo?

A largo plazo, todos los hijos de Adán y Eva son niños perdidos.

Primer día

Uno

El jueves, cuando se quedó dormido, Adam no tenía ni idea de que al día siguiente sin ir más lejos iba a alzar el vuelo hacia el país de sus orígenes tras lustros de alejamiento voluntario y para ir al encuentro de un hombre a quien se había prometido no volver a dirigir la palabra.

Pero la mujer de Mourad supo dar con las frases implacables:

«Tu amigo se muere. Quiere verte».

El timbre sonó a las cinco de la mañana. Adam cogió el teléfono a tientas, pulsó una de las teclas encendidas y contestó: «No, de verdad que no estaba durmiendo», o cualquier otra mentira por el estilo.

Su interlocutora le dijo a continuación: «Te pongo con él».

Tuvo que contener el aliento para oír el del moribundo. E, incluso así, más que oír las palabras, las intuyó. La voz lejana era como un susurro de telas. Adam tuvo que

repetir dos o tres veces «Claro» y «Entiendo» sin entender nada ni tener nada claro. Cuando la otra voz calló, le dijo, prudentemente: «¡Adiós!». Aguzó el oído unos cuantos segundos, para comprobar que la mujer no había vuelto a ponerse al aparato; luego, colgó.

Se volvió entonces hacia Dolores, su compañera, que había encendido la luz y se había sentado en la cama, con la espalda apoyada en la pared. Parecía que estaba sopesando los pros y los contras, pero ya se había hecho una opinión.

—Tu amigo se muere, te llama, no puedes pensártelo; tienes que ir.

—¿Mi amigo? ¿Qué amigo? ¡Hace veinte años que no nos hablamos!

En realidad, en todos aquellos años siempre que alguien pronunciaba en su presencia el nombre de Mourad y le preguntaba si lo conocía, contestaba invariablemente: «Es un antiguo amigo». Sus interlocutores daban por hecho con frecuencia que había querido decir un «viejo amigo». Pero Adam no escogía las palabras a la ligera. «Antiguo amigo» era, pues, desde su punto de vista, la única expresión adecuada.

Dolores, cuando usaba ese giro en su presencia, solía contentarse con una sonrisa compasiva. Pero aquella mañana no sonrió.

—Si mañana riñese con mi hermana, ¿se convertiría en mi «antigua» hermana? ¿Y mi hermano, en mi «antiguo» hermano?

—Con la familia es diferente, no hay elección.

—Tampoco aquí tienes elección. Un amigo de juventud es un hermano adoptivo. Puedes arrepentirte de haberlo adoptado, pero ya no puedes desadoptarlo.

Adam habría podido explicarle largo y tendido en qué son diferentes los lazos de la sangre. Pero se habría aventurado al hacerlo en un terreno pantanoso. Su compañera y él no tenían, en última instancia, una sangre común. ¿Y eso quería decir que, por muy íntimos que hubieran llegado a ser, podrían un día volverse ajenos? Y que si uno de los dos llamaba al otro en el lecho de muerte, ¿podría suceder que tuviera que enfrentarse a una negativa? Sólo pensar en semejante posibilidad habría sido degradante. Prefirió callar.

En cualquier caso, los razonamientos no valían de nada. Antes o después, tendría que ceder. Tenía, sin duda, mil razones para guardarle rencor a Mourad, para retirarle la amistad e, incluso, dijera lo que dijera su compañera, para «desadoptarlo»; pero esas mil razones no tenían valor alguno ante la proximidad de la muerte. Si se negaba a acudir junto al lecho de su antiguo amigo, le remordería la conciencia hasta el último día de su vida.

Así que llamó a la agencia de viajes para sacar un billete para el primer vuelo directo, ese mismo día, por la tarde, a las cinco y media, con llegada a las once de la noche. Difícilmente podría haberse dado más prisa.

Dos

Hay personas que para pensar tienen que escribir. Tal era el caso de Adam. Hecho que le suponía al tiempo un privilegio y una invalidez.

Mientras tenía las manos quietas, la mente bogaba, incapaz de domeñar las ideas o de elaborar un razonamiento. Tenía que empezar a escribir para poner en orden los pensamientos. Reflexionar era para él una actividad manual.

Tenía, como quien dice, las neuronas en las yemas de los dedos. Afortunadamente para él, eran unos dedos versátiles. Pasaban como quien no quiere la cosa de la pluma al teclado, de la hoja a la pantalla. Y por eso llevaba siempre en el bolsillo una libreta gruesa de tapa flexible y, en la cartera de profesor, un ordenador portátil. Según el entorno en que se hallase y lo que pensara escribir,abría aquélla o éste.

Ese día, al inicio del viaje, eligió la libreta. La sacó; buscó la primera hoja blanca; luego esperó a que se apagase el piloto para abrir la mesita.

Viernes, 20 de abril

Desde que ha despegado el avión estoy intentando prepararme para la prueba que me espera, imaginando lo que podría decirme Mourad para justificarse y cómo debería contestarle; lo que le habría dicho en circunstancias normales y lo que aún podría decirle en el estado en que se halla; cómo permitirle irse en paz sin mentirle demasiado; cómo reconfortarlo sin desdecirme.

No estoy seguro de que haya que perdonar a los que se mueren. Resultaría demasiado sencillo que, en el ocaso de toda vida humana, se pusieran los contadores a cero; que la crueldad y la avidéz de unos, que la compasión y la abnegación de otros, se contabilizasen como si tal cosa en el capítulo de pérdidas y ganancias. ¿Así que los asesinos y sus víctimas, los perseguidores y los perseguidos, iban a ser inocentes por igual a la hora de la muerte? No para mí, en cualquier caso. La impunidad es, desde mi punto de vista, tan perversa como la injusticia; a decir verdad, son las dos caras de la misma moneda.

Cuentan que en los primeros siglos de la era cristiana, cuando la religión nueva se estaba expandiendo por el Imperio Romano, hubo patricios que se las apañaban para demorar cuanto pudiesen su conversión. ¿No les habían explicado acaso que quedarían borrados todos sus pecados en el momento del bautismo? Seguían, pues, con su vida desenfrenada y pedían el bautismo en el lecho de muerte.

No sé si esos arrepentimientos tardíos tienen valor alguno desde el punto de vista de la religión. Desde el mío,

no tienen ninguno. Ni los de los romanos de antes ni los de mis contemporáneos.

No obstante, existe, a la hora de la muerte, la obligación de la decencia. El instante de ese vuelco no debe carecer de cierta dignidad si pretendemos seguir siendo humanos. Fuere cual fuere, en cualquier caso, el juicio que nos merezcan el moribundo y sus hechos. Sí, incluso si se trata del peor de los criminales.

Lo que, me apresuro a decirlo, no es el caso de Mourad. Podría reprocharle muchas cosas, alguna de las cuales lindan para mí con el crimen. Pero hay que guardarse de los excesos del lenguaje. Sucede que un hombre come un crimen sin merecer por eso que lo llamen criminal. Del mismo modo que me encrespo contra la impunidad, me niego a poner todas las fechorías a la misma altura prescindiendo de las intenciones, el alcance o las circunstancias, que, sin absolver, pueden ser, como dicen las leyes, «atenuantes».

De que la conducta de mi antiguo amigo durante los años de la guerra constituye una traición a los valores que nos eran comunes no me cabe la menor duda, y espero que no intente negarlo. Pero ¿no fue por fidelidad por lo que llegó a la traición? Por apego a la tierra fue por lo que se negó a irse al comenzar el conflicto; al quedarse, tuvo que encontrar apaños, aceptar, según iban pasando las cosas, unas cuantas transigencias que acabaron por llevarlo hasta lo inaceptable. Si me hubiera quedado en mi tierra, me habría portado como él. A distancia, podemos negarnos a algo impunemente; in situ, no siempre se cuenta con esa libertad.

Sus buenas prendas, en resumidas cuentas, fueron su perdición; mis fallos me salvaron. Para proteger a los suyos, para amparar lo que le habían legado sus padres, peleó como una fiera. Yo no. En la familia de artistas en que crecí no me inculcaron las mismas virtudes. Ni ese valor físico, ni ese sentido del deber ni esa fidelidad. Con las primeras matanzas, me fui, escapé; seguí teniendo las manos limpias. Mi cobarde privilegio de desertor honrado.

A punto de aterrizar, tengo la cabeza aún más confusa que al despegar. Ahora veo a Mourad como a un personaje menor y desconcertado que inspira lástima, extraviado en una tragedia que lo supera. No siempre me noto de humor para perdonarle las culpas, pero siento el mismo rencor por el resto del universo; y también por mí mismo.

Iré, pues, hasta su lecho sin resentimiento manifiesto, cumpliré con él mi papel de confesor laico, lo escucharé, le cogeré la mano, le susurraré palabras de absolución para que muera con la conciencia tranquila.

Tres

Nadie lo estaba esperando en el aeropuerto. Y esa incomodidad trivial, que Adam habría debido, desde luego, prever, ya que no había avisado a nadie de que llegaba, trajo consigo un desbordamiento de la tristeza y una confusión mental pasajera. Tuvo que hacer un esfuerzo para acordarse de que acababa de aterrizar en su ciudad natal, en su propio país.

20 de abril, continuación

Paso por la aduana, entrego el pasaporte, lo recojo y salgo, recorriendo con la vista el gentío con una mirada de niño abandonado. Nadie. Nadie me dirige la palabra, nadie me espera. Nadie me reconoce. He venido al encuentro del fantasma de un amigo y ya soy yo también un fantasma.

Un taxista me ofrece sus servicios. Acepto con la mirada y dejo que se lleve mi maleta hacia su coche, un Dodge viejo aparcado a mucha distancia de la fila re-

glamentaria. Está claro que es un taxi ilegal, sin placa roja y sin contador. No protesto. Normalmente, esos usos me irritan, pero esta noche me hacen sonreír. Me traen a la memoria un entorno familiar, los reflejos de andarse con cuidado. Me oigo preguntar al hombre, en árabe y con el acento de la tierra, por cuánto me va a salir la carrera. Sólo para evitar la indignidad de que me tome por un turista.

De camino, tuve la tentación de llamar a unos primos, a unos amigos. Ya eran las doce de la noche, cinco minutos arriba o abajo, pero conozco a más de uno a quien no le habría importado la hora y me habría invitado insistentemente a alojarme en su casa. Al final, no llamé a nadie. De pronto, notaba la necesidad de estar solo, de ser anónimo, algo así como clandestino.

Esta sensación nueva empieza a gustarme. De incógnito en mi tierra, entre los míos, en la ciudad en que crecí.

Mi habitación del hotel es amplia, las sábanas están limpias, pero la calle ha resultado ruidosa, incluso a estas horas. Está también el ronroneo obsesivo de un aire acondicionado que no me he atrevido a apagar por temor a despertarme sudando a mares. No creo que el ruido me impida dormir. El día ha sido largo, el cuerpo no tardará en embotarse, y la mente también.

Sentado en la cama, sin más luz que la de la lámpara de cabecera, no puedo dejar de pensar en Mourad. Me esfuerzo por imaginarlo tal y como debería ser ahora. La última vez que estuvimos juntos tenía veinticuatro años, y yo, veintidós. En mi recuerdo, estaba en plena forma y era feroz y atronador. Con el paso del tiempo, la enfer-